

princesa palatina, continuó cazando, criando animales y escribiendo; fué un juez severo de todas las cosas malas que veía y muy indulgente con su hijo, á quien adoraba. Murió en diciembre de 1722. La duquesa de Orleans, guapa, virtuosa y de blando carácter, no se indignaba, ni siquiera parecía extrañarse de la vida del Regente. Del duque de Chartres, su hijo primogénito, decíase que en él se juntaban todos los defectos que aisladamente tenían los demás príncipes de la sangre: la joroba del príncipe de Conti, la voz ronca del duque de Borbón y la salvajez del señor de Charolais. La segunda hija del Regente hízose monja; fué la abadesa de Chelles, que se consagró por entero al jansenismo, al arte y á la ciencia, y una vez por semana iba el Regente á oír los sermones que ella le hacía. La señorita de Valois comprometióse con el duque de Richelieu; la señorita de Montpensier, casada con el príncipe de Asturias, y la señorita de Beaujolais, novia de don Carlos, hijo mayor de Felipe V y de Isabel de Farnesio, fueron el asombro de España con sus locos caprichos y sus enormes escándalos.

A la Regencia se debe la invención de los bailes de la Ópera. Un sobrino de Turenna, el caballero de Bouillon, aconsejó al Regente que organizase en aquel teatro un baile público en el que se entraría, con ó sin disfraz, pagando seis libras por persona, y se bailarían sobre un entarimado. Aquella buena idea valió una pensión de 6.000 libras al que la había enunciado. Comenzaron los bailes en 1716 y tal éxito tuvieron, que fué preciso transformar la sala de la Academia Francesa, en el Louvre, en salón de baile á fin de dar así un desahogo á la Ópera. Como ésta se comunicaba con el Palacio real, el Regente iba allí con frecuencia, y cuéntase que cierto día fué disfrazado en compañía de Dubois, el cual, para mejor asegurar el incógnito, le daba grandes puntapiés: «Señor abate, díjole al fin el príncipe volviéndose, me disfrazas demasiado.» El Regente tenía un pequeño palco al que llevaba á sus camaradas, los *roués*, cuya alegría regocijaba á la gente de los palcos vecinos. Una noche, dice Saint-Simón, el duque de Noailles, «enteramente borracho,» cometió allí toda clase de indecencias.»

El gran mundo concurría á aquellos bailes públicos, en los que encontraba una sociedad muy heterogénea; pero esa mezcla le agradaba, pues en ella desaparecía toda separación de clases y confundíanse las categorías. Allí se vió comer juntos á los señores de Bouillon y de Lorges con los cantantes Thevenard y Dumensil, y á ilustres damas amar á Thevenard y al actor Barón.

Lo mismo que en la calle de Quincampoix y en los sitios de placer, encontráronse señores y villanos en los salones.

La vida de éstos comienza con la Regencia. La duquesa del Maine, antes y después de su cautiverio, reunió en Sceaux á los literatos y á las gentes de talento, entre las cuales figuraban el presidente Henault, Voltaire y la marquesa de Deffand; en aquellas reuniones discutíase de arte y de literatura, y el alma de ellas era la marquesa, cuyo salón se denominaba «las galeras del culteranismo.»

A casa de la marquesa de Lambert, viuda del teniente

general de los ejércitos del rey, concurrían Fontenelle, La Motte-Houdard, Marivaux que hacía sus primeras pruebas literarias, el marqués de Argensón, Trudaine, el conde de Plelo, la mariscal de Villars, la señora Dacier y la actriz Adriana Lecouvreur, que daba en el teatro el tono de la sencillez y de la nobleza y que sintió un amor célebre por el mariscal de Sajonia. La dueña de la casa era una dama honrada y moralista sin pedería, y su salón, que recordaba algo el palacio de Rambouillet (la marquesa nació en 1647), era un sitio académico en donde se preparaban candidaturas.

El conde de Sully recibía al conde de Argensón, á Plelo, á Voltaire, al presidente Lamoignon, al obispo de Blois, al señor de Caumartin, al abate de Bussy, á la bellísima y honrada señora de Flammaréns y á la señora de Gontaut, beldad menos severa que la anterior. En medio de aquella sociedad, el duque de Sully se impregnaba de ingenio y era, según entonces se decía, el frasco que, aunque vacío, conserva el perfume del agua de olor que ha contenido.

Dar reuniones y, como complemento, tener la mesa puesta era un modo de distinguirse á que recurrían aun aquellos que no contaban con medios suficientes para satisfacer lo que costaban, como les aconteció á ciertas víctimas del Sistema. El príncipe y la princesa de León no tenían más que 15.000 libras de renta y sin embargo recibían á todo París, pasándose las mañanas en «divertir á los acreedores» y en «dar combinaciones á un cocinero que con nada ha de hacer algo.»

Los protagonistas de los salones de la Regencia son el presidente Henault, Voltaire y Montesquieu.

Henault, nacido en 1685, hijo de un asentista general, presidente de la Sala de las Informaciones del parlamento de París, y autor de tragedias y comedias mediocres y de poesías ligeras, mejores que sus producciones teatrales, brillaba en sociedad por la diversidad de sus talentos. Como dice Voltaire:

Las mujeres le han tomado muy á menudo
Por un ignorante agradable,
Las gentes en «uso» por un sabio,
Y el dios moftetudo de la mesa
Por un inteligente muy regalón.

La Academia le otorgó el sillón de Dubois en 1723, y más adelante se vió que era capaz de trabajos más serios que los que le habían valido aquel honor.

Voltaire, cuyo verdadero nombre era Francisco María Arouet, nació en París en 1694; su padre era notario y contaba entre sus clientes á los duques de Saint-Simón y de Richelieu. En el colegio de los jesuitas de Luis el Grande fué un buen discípulo de los padres Porée y Tournemine y se captó excelentes amistades, como la de los dos Argensón. Ganoso, desde muy joven, de conquistarse una reputación de poeta y un puesto en la sociedad brillante, hízose presentar en el Temple, en casa de los Vendome, y fué recibido por los Richelieu en Poitou y en Turenna, y por Bolingbroke, el ex ministro de la reina Ana que, habiéndose refugiado en Francia, y era amigo de los más célebres escritores ingleses, despreciador de todas las tradiciones religiosas, libre pensador y ateo. Voltaire comenzó escribiendo poesías insignificantes; una sátira contra la memoria de

Luis XIV le valió ser encerrado en la Bastilla, en donde compuso los primeros cantos de una epopeya nacional y filosófica *La Henriade*, cuya primera edición publicó clandestinamente en 1723. En 1718 leyó en casa de la duquesa del Maine *Edipo*. Ambas obras son muy medianas, pero Voltaire las sembró de alusiones políticas y de juicios audaces sobre la religión y los reyes y de este modo empezó á tener un público. Los amigos de Bolingbroke le aplaudieron, y él no tardará en ir á visitarles en Inglaterra.

Carlos de Secoudat, barón de la Bredé y de Montesquieu, nació cerca de Burdeos en 1689, de una familia parlamentaria, y en 1716 fué presidente de mortero del parlamento de aquella ciudad. Estaba dotado de gran distinción de carácter y de pensamiento y como magistrado el procedimiento le interesaba poco, pero, en cambio, le agradaba el derecho. Sin embargo, su principal afición, en su juventud, fué por las ciencias: en la Academia de Burdeos leyó varias memorias sobre el eco; propúsose escribir una historia física de la Tierra, para la cual pidió, en 1717, por medio de una circular, el concurso de todos los sabios, y ya entonces aplicaba su método de anotar los hechos científicos y de buscar causas físicas á los usos y costumbres de los hombres. Pero indudablemente carecía de la paciencia larga y regular que una carrera de sabio requiere. Su imaginación y su actividad recordaban algo á su compatriota Montaigne; y en la sociedad que frecuentó asiduamente adoptó el tono del libertinaje elegante que entonces estaba de moda y que no repugnaba á su ingenio. Era un observador sagacísimo y un lector excelente.

En 1721, la llegada á París de un embajador turco, Mehemet-Effendi, hizo que todo el mundo hablase del Oriente; con este motivo Montesquieu imaginó dos persas de viaje, Usbeck y Rica, los cuales escribían á sus amigos de Persia refiriéndoles cosas de Occidente y recibían de ellos noticias de Ispahán. Tales fueron las *Lettres persannes* (*Cartas persas*), en las que algunos pormenores de Oriente, tomados del viajero Chardin, y varias historias de serrallo, picantes y voluptuosas, alternan con la sátira de las costumbres occidentales fugigadora de los cortesanos, de los noveleros parisienses y de los lechuguinos, con observaciones sobre el espíritu de las diversas naciones, la decadencia de España, las reformas del zar Pedro *el Grande* y el sistema de Law, y con reflexiones sobre Dios, la tolerancia, el papa, «viejo ídolo á quien se inciensa por costumbre, etc.» Bajo esa ironía brillante, que tiene sus momentos de gravedad, anunciábase la filosofía del siglo.

II.—Las artes y las modas

La transformación de las artes, iniciada en los últimos años de Luis XIV (1), precipitose durante la Regencia. El «gran gusto» ha llegado á ser decididamente intolerable; la sociedad de la Regencia prefiere los tocadores, los «gabinetes,» á las estancias á lo Luis XIV, y tampoco gusta de aquellos salones solemnes, cuya altura correspondía á dos pisos y que tenían dos líneas de ventanas y el techo cimbrado, ni de las escaleras monumentales. En los palacios de príncipes, el «sa-

lón de recepción» continúa en predicamento; pero en las casas particulares y aun en las de los príncipes mismos, se construyen ahora salones menos grandes, menos altos de techo y más fáciles de calentar, en los que puede recibirse con mayor intimidad, es decir, los llamados «salones de invierno,» «salones de compañía.» Los primeros ensayos de una nueva distribución de las habitaciones hicieron en el Palacio de Borbón, en 1722. A los adornos solemnes suceden los decorados



Voltaire. Copia del grabado de E. Fiquet

de carpintería, ligeros y variados, y los enormes bajos relieves que coronaban las chimeneas son substituídos por esbeltos y luminosos espejos.

Meissonier, el gran artista decorador de aquel tiempo, detesta las líneas rectas, las formas regulares cuadradas, redondas ú ovaladas; comba las molduras y las cornisas, rompe la simetría de los tableros y emplea con profusión las conchas, las nubes, las plantas y hasta las hojas de col. Aquel orfebre cincelador trabajó la madera y el mármol tan bien como los metales; sus conchas son «prodigiosas dificultades vencidas.»

La nueva disposición de las estancias requería un mobiliario nuevo, y en este punto el gran maestro es Crescent, ebanista, escultor y cincelador. Sus muebles ya no tienen el aspecto severo de los de Boule; al grave ébano substituye la madera de color y á las incrustaciones de metal ó de concha, chapas de palo de rosa ó de amaranto y cinceladuras de bronce de una ligereza encantadora. Sentía marcada afición por la ornamenta-

(1) Véanse págs. 548 y sigs. del tomo anterior.

ción «simiesca» el mono tomaba el desquite del desdén con que Luis XIV había tratado á los macacos, como llamaba á las figuras de los maestros flamencos.

La regencia vió morir, en 1722, á Gillot, aquel talentoso pintor, dibujante y grabador, á quien agradaba reproducir las decoraciones de ópera y las escenas de comedia italiana, componer viñetas ó trofeos con instrumentos de música, armas ó antorchas y dibujar tapicerías decoradas con follajes, guirnaldas y hierbas raras. Watteau (1), que había sido, aunque por muy poco tiempo, discípulo suyo, había muerto un año antes que él. El Regente había nombrado pintor del rey, con el título de «pintor de las fiestas galantes». Aquel artista que pintó con «luz llevada al lienzo» aquellos paisajes admirables por sus horizontes perdidos en la niebla ligera, por sus escapes de luz y por la gracia de sus fuentes, de sus balastradas, de sus estatuas y de sus jarrones, y que pobló aquel escenario ideal, en el que se comprende que el autor habría pintado la realidad si hubiese querido, con personajes leves como sombras, vestidos de sedas rosas, azules ó amarillas acariciadas por el sol; aquel pintor de las alegrías de la sociedad de buen tono y del mundo de los teatros, era un enfermo melancólico.

Los hermanos Goncourt, sus biógrafos, dicen que tenía la «faz inquieta, flaca y nerviosa; las cejas arqueadas y febriles; los ojos negros, grandes, inquietos; la nariz larga, descarnada; la boca triste, seca, de perfil agudo; las alas nasales tocando al extremo de los labios y un gran pliegue de carne que le estiraba la cara.» De año en año enflaquecía, «con sus largos dedos perdidos en sus amplios puños, su casaca arrugada sobre su pecho huesudo, siendo viejo á los treinta años, con los ojos hundidos, la boca apretada y el rostro anguloso, y no conservando más que su hermosa frente respetada por los largos bucles de una peluca á lo Luis XIV.» Watteau tenía treinta y siete años cuando murió en 1721 (2).

El arte del pastel apareció en Francia en tiempo de la Regencia. No sería imposible hacerlo derivar de Watteau, que ejecutó tan elegantes dibujos á la sanguina, y aun de Lebrún, Largillière, Virrén, Roberto de Nanteuil, Demiol Dumoustier ó Lagneau, que emplearon los lápices de color en tiempo de Luis XIV, de Luis XIII y de Enrique IV; pero el verdadero pastel fué importado de Italia, en 1720, por la veneciana-Rosalba Carriera. Este género pictórico tuvo en seguida su gran éxito, y las mujeres se disputaban el honor de tener un retrato hecho por la Rosalba, la cual fué admitida en la Academia de pintura. La Tour, muy joven todavía, ilustrará durante la Regencia ese nuevo arte.

La moda, como el arte, había empezado á cambiar en los últimos años de Luis XIV. En 1714 las damas de la corte llevaban altos peinados sostenidos por armazones, habiendo causado entre ellas gran escándalo.

(1) Véase pág. 551 del tomo anterior.

(2) El Louvre posee su *Embarque para Citera*; su *Gil*, vestido de blanco; su *Finette*, que toca la mandolina; su *Indiferente*, su *Reunión en un parque*. Berlín, Potsdam, Dresde, Madrid, Londres y Rusia tienen también cuadros de Watteau. En el Palacio real de Berlín está partido en dos pedazos *La Bandera de Gersaint*, el penúltimo cuadro del maestro.

lo dos inglesas que se presentaron con peinados bajos; pero como éstos fueron del agrado del rey, las francesas se peinaron á la inglesa, suprimiendo tres de los cuatro pisos de papalinas. El tocado bajo pasó de Versalles á París, desde donde se extendió por toda Francia. Las damas llevaron el pelo corto, doblado, como se decía, á tres dedos de la cabeza; clavaron en él su cofia con agujas muy hacia atrás; se rizaron haciéndose grandes bucles y se pusieron en el cabello una joya, una pluma ó una gorrita con plumas, tocado muy sencillo y ligero que se denominó «tocado á la voltereta.» Como ese peinado se parecía al de los hombres, las damas utilizaron los servicios de los peluqueros, de los cuales alcanzaron gran boga el señor Frisón y el señor Dagé, que fueron dados á conocer por las señoras de Prie y de Chateauroux.

Los tontillos ó sayas ahuecadas aparecen en París en 1718, cuatro años después que los peinados bajos, y ponen término á las modas solemnes del último reinado. Quizás vinieron de Inglaterra, pues desde 1711 llevábanse en Londres enaguas con cercos algo parecidas á los verdugados del tiempo de Francisco I. En París imprimióse cierta gracia á esa moda extravagante.

Hubo tontillos «de velador» en forma de embudo; «de cúpula» redondeados por arriba; «de rodetes» que ensanchaban el bajo de la falda; «de gondolas» que hacían á las mujeres asemejarse á agudadoras; y «de codos» así llamados porque á la altura de las caderas ofrecían á los codos puntos de apoyo. Hubo también tontillos jansenistas y molinistas: los primeros, á los que se denominaba «consideraciones» eran simplemente enaguas cortas forradas de crin y picadas; los segundos, de amplio vuelo, dieron mayor majestad á las mujeres altas, adelgazaron á las gordas y engordaron á las flacas. Y fué una gran satisfacción salir de las «fundas» de la moda antigua, para meterse en esos cercos de ballenas ligeras.

Esta moda, naturalmente, divirtió al público; y en el teatro, Arlequín, convertido en vendedor de tontillos, gritaba: «Tengo toldos, cercos, volantes y colchones picados; los tengo sólidos para las gazmoñas, flexibles para las galantes y mixtos para las personas del tercer estado.»

Con el uso de los tontillos desaparecieron los paquetes de tela recogida sobre la cintura, que fueron substituidos por faldas amplias y flotantes, corpiño ajustado al pecho, muy descotado y con mangas lisas, con anchas vueltas, mangas en forma de embudo ó mangas «de pagoda.» Esos *negligés*, á los que se dió el nombre de «indecencia engalanada» reunían, «en una confusión picante, la afectación y el descuido, el lujo y la sencillez.» Las telas (sedas de color de agua ó de fuego, gasas, tejidos impalpables de la India) eran lindísimas.

Los hombres dejaron los amplios trajes cargados de encajes y de cintas y las pelucas inmensas, por casacas más sencillas, calzones en forma de pistolera, hopalandas con grande esclavina y pelucas aplomadas sobre el cráneo, con tupé bajo ó, como se decía entonces, con «cuatro cabellos por delante.» La casaca formaba á los dos lados, á partir de un botón cosido sobre las caderas, cinco ó seis grandes pliegues que se llenaban con crin ó papel. El color de las cintas denotaba las opiniones: en 1715, las cintas blancas, encarnadas y amarillas

denunciaban á un jansenista; las negras y encarnadas, á un constitucionario. A los galones de oro falso se les llamó «galones del Sistema.»

Cuando vino á París, en 1721, el embajador turco Mehemet Effendi, le fueron enseñadas tres casacas de Luis XV: una guarnecida de perlas y rubíes, otra de perlas y diamantes y la tercera de diamantes hermosísimos. El embajador admiró dos hileras de perlas gruesas como nueces moscadas, una «perla de huérfano» absolutamente redonda, muy brillante y no perforada, y el famoso diamante «el Regente» encontrado al Sur de Golconda, que pesaba en bruto 410 quilates y que después de tallado, operación que exigió dos años y costó 25.000 libras, pesó 136.

Luis XV para recibir al embajador habíase puesto una casaca de terciopelo de color de fuego, llena de pedrerías, cuyo valor se estimaba en 25 millones y cuyo peso era de 35 á 40 libras; en el sombrero lucía un broche de diamantes de gran tamaño. El mismo día, llevaba el Regente una casaca de terciopelo azul enteramente bordada en oro, con un broche de diamantes en el sombrero, y ostentaba las insignias del Espíritu Santo y del Toisón de Oro guarnecidas de diamantes. Todos los señores estaban soberbiamente vestidos.

CAPITULO V

EL MINISTERIO DEL DUQUE DE BORBÓN (1723-1726) (1)

I. El señor Duque y la señora de Prie. — II. La administración de París du Verney (1723-1726). — III. La declaración de 1724 contra los protestantes. — IV. La política exterior del ministerio Borbón. — V. La desgracia del señor Duque.

I. — El señor Duque y la señora de Prie

Cuando murió el duque de Orleans, el duque de Borbón solicitó el título de primer ministro, que Luis XV le otorgó. Fleury, preceptor del rey, creía que no había

(1) FUENTES: Rousset, Lamberty, D'Argenson (t. I), Barbier (t. I), Duclos, ya citados. Henaull (Presidente), *Mémoires*, París, 1855. Voltaire, *Œuvres*, París, 1830-1840 (ed. Beuchot), 72 vol., especialmente el *Précis du siècle de Louis XV* (t. XXI).

OBRAS DE CONSULTA: Lemonney, Lacroix (t. II), Michellet (t. XV y XVI), Jobez (t. II), Rocqain, Bailly, Clamagran (t. III), Houques-Fourcade, Marión, de Janzé, Coxe, Baudrillart (Alf.), Perey, ya citados. Clement, *Portraits historiques* (Los hermanos París), París, 1855. Rey, *Un intendant de province à la fin du XVII^e siècle*, 1686-1705 («Boll de l'Académie delphinale», 4.^a serie, t. IX, Grenoble, 1895). Costes, *Les institutions monétaires de la France avant et depuis 1789*, París, 1885. Thirion, *Mme. de Prie*, París, 1907. Delahante, *Une famille de finance au XVIII^e siècle*, París, 1881, 2 vol. *Inventaire des Archives du Puy de Dôme*, serie C (Tentativas de máximo en Auvernia). Afanassiev, *Le commerce des céréales en France au XVIII^e siècle*, traducción Boyer, París, 1894. Gebelin, *Histoire des milices provinciales* (1688-1791), París, 1882. Broglie (Manuel de) *Les portefeuilles du Président Bouquier*, París, 1896. Armaillé (Condesa de) *La reine Marie Leckzinska*, París, 1870. Raynal, *Le mariage d'un Roi* (1721-1725), París, 1887. Gauthier-Villars, *Le mariage de Louis XV*, París, 1900. Nolbac (De), *Louis XV et Marie Leckzinska*, París, 1902. Green, *Histoire du peuple anglais* (trad. Monod), París, 1888, 2 vol. Syveton, *Une Cour et un aventurier au XVIII^e siècle: Le baron de Ripperda d'après les documents inédits des Archives impériales de Vienne et des Archives du ministère des Affaires étrangères de Paris*, París, 1896. Rodríguez Villa, *La Embajada del barón de Ripperda en Viena* («Boletín de la Real Acad. de la Historia», enero, 1897). De Swarte, *Un intendant secrétaire d'Etat: Claude Le Blanc, sa vie, sa correspondance*, Dunkerque, 1900.

llegado aún para él la ocasión de encargarse del poder y el Duque era, de todos los príncipes de la sangre, el único que estaba en condiciones para ejercerlo, pues los bastardos se hallaban excluidos para siempre y ni el conde de Charolais, hermano del Duque, ni el príncipe de Conti, ni el hijo del Regente, que sólo tenía veintitún años, podían disputárselo (2).

Tenía el Duque treinta y un años, era alto, de bastante buena figura, pero muy feo y de fisonomía espantosa; sus modales eran altaneros y duros, y el marqués de Argenson, que en tiempo de la Regencia había vivido familiarmente con él, hallóle altivo en cuanto fué ministro. Su fortuna, aumentada por el Sistema, le permitía sostener un gran tren; daba en Chantilly magníficas cacerías y á su mesa no se sentaban nunca menos de cien personas.

Alto de inteligencia é incapaz de toda mira política, sólo le preocupaba su odio contra los Orleans y lo que más le inquietaba era la idea de que pudiese morir Luis XV y le sucediese el hijo del Regente. Conservó á los mismos ministros á quienes encontró en funciones: de Armenonville, ministro de Gracia y Justicia; Dodun, contralor general; Fleriau de Morville, secretario de Estado de Negocios extranjeros desde la muerte de Dubois; La Vrillière, secretario de Estado de los Negocios de la supuesta religión reformada; Maurepás, secretario de Estado de la Casa del Rey y de la Marina; Le Blanc, encargado de la secretaría de Estado de la Guerra, de la que era titular de Armenonville. Pero los ministros desempeñaron un papel subalterno, pues los asuntos importantes estaban reservados al Consejo superior, en donde el señor Duque deliberaba con Fleury, Villars y uno solo de los ministros, de Morville. El joven duque de Orleans, miembro del Consejo, no asistía á él.

Fleury creyó que podría gobernar bajo el nombre del Duque; pero hubo de contar con la señora de Prie, hija del asentista Berthelot de Pleney y casada con un marqués arruinado á quien se había nombrado embajador en Turín. Aquella mujer había llevado un gran tren en la pequeña corte de Saboya; pero la Cámara de justicia había arruinado á su padre, y entonces los De Prie renunciaron á su embajada para venir en busca de fortuna á París en 1717.

La marquesa había nacido en 1698, tenía «ojos de china» vivos y alegres, «un aire de ninfa» y cabellos cenicientos; era «la flor y nata del siglo», dice de Argenson, quien hallaba en ella «unos no sé qué que maravilla.» Atolondrada algunas veces, pero astuta y ambiciosa, aunque no tenía creencias ni buenas costumbres, conservaba todas las apariencias de decencia y de modestia. Era aficionada á la política y se creía nacida para gobernar el Estado; y después de inútiles tentativas para conquistar al Regente, habíase dedicado al señor Duque, de quien fué amante en 1721 y á quien impulsó á enterarse de los negocios, realzándolo á sus propios ojos y aun á los del público. Cuando el Duque fué primer ministro, ella le demostró que para gobernar era preciso hacerse servir por otra gente que por los «enrodados» y nombró «secretario de órdenes» de aquél á París Du Verney, quien con ese título vago dispuso

(2) Véase pág. 31.